

Imitación de Cristo

76. El aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es el camino, la verdad, y la vida y la puerta por donde ha de entrar el que quisiere salvarse. De donde todo espíritu que quiere ir por dulzuras y facilidad, y huye de imitar a Cristo, yo no le tendría por bueno.

77. El primer cuidado que se halle en ti, procura ser una ansia ardiente y afecto de imitar a Cristo en todas tus obras, estudiando de haberte en cada una de ellas con el modo que el mismo Señor se hubiera.

78. Cualquier gusto que se te ofreciere a los sentidos, como no sea puramente para honra y gloria de Dios, renúncialo y quédate vacío de él por amor de Jesucristo, el cual, en esta vida, no tuvo otro gusto, ni lo quiso, que hacer la voluntad de su Padre: lo cual llamaba él su comida y manjar.

79. Nunca tomes por ejemplo al hombre en lo que hubieres de hacer, por santo que sea; porque te pondrá el demonio delante sus imperfecciones; sino imita a Jesucristo, que es sumamente perfecto y sumamente santo, y nunca errarás.

80. Crucificado interior y exteriormente con

Cristo, vivirá en esta vida con hartura y satisfacción de su alma, poseyéndola en su paciencia.

81. Bástele Cristo, crucificado, y con él pene y descanse, y sin él ni pene ni descance; y, por esto, aniquilarse en todas las cosas exteriores y propiedades interiores.

82. El que hace algún caso de sí, ni se niega ni sigue a Cristo.

83. Si quieres llegar a poseer a Cristo, jamás le busques sin la cruz.

84. El que no busca la cruz de Cristo, no busca la gloria de Cristo.

85. Desea hacerte algo semejante en el padecer a este gran Dios nuestro humillado y crucificado; pues que esta vida, si no es para imitarle, no es buena.

86. Ame mucho los trabajos, y téngalos en poco, por caer en gracia al Esposo que tiene; que por ella no dudó morir.

87. ¿Qué sabe el que por Cristo no sabe padecer? Cuando se trata de trabajos, cuanto mayores y más graves son, tanto mejor es la suerte del que los padece.

88. Desear entrar en las riquezas y regalos de Dios, es de todos; mas desear entrar en los trabajos y dolores por el Hijo de Dios, es de pocos.

89. Es conocido muy poco Jesucristo de los que se tienen por sus amigos; pues los vemos andar buscando en él sus consolaciones y no sus amarguras.

Virtudes teologales

90. Porque las virtudes teologales tienen por oficio apartar el alma de todo lo que es menos de Dios, lo tienen consiguientemente de juntarlas con Dios.

91. Sin caminar de veras por el ejercicio de estas tres virtudes, es imposible llegar a la perfección de amor con Dios.

Fe

92. Fe sencilla para buscar a Dios. La luz que aprovecha en lo exterior para no caer, es al revés en las cosas de Dios: de manera que es mejor no ver, y tiene el alma más seguridad.

93. El camino de la fe es el sano y seguro.

94. Por éste han de caminar las almas para ir adelante en la virtud, cerrando los ojos a todo lo que es del sentido e inteligencia clara y particular.

95. Cuando las inspiraciones son de Dios, siempre van reguladas por motivos de la ley de Dios y de la fe, por cuya perfección ha de ir el alma siempre allegándose más a Dios.

96. El alma que camina arrimada a las luces y verdades de la fe, va segura de errar; porque, de ordinario, nunca yerra sino por sus apetitos o gustos, discursos o inteligencias propias, en las cuales, de ordinario, excede o falta; y de ahí se inclina a lo que no conviene.

97. Con la fe, camina el alma muy amparada contra el demonio, que es el más fuerte y astuto enemigo: que por eso San Pedro no halló otro mayor amparo contra el demonio cuando dijo: «Resistidle fuertes en la fe».

98. Para que el alma vaya a Dios y se una con él, antes ha de ir comprendiendo, que comprendiendo, en olvido total de criaturas; porque se ha de trocar lo conmutable y comprensible de ellas, por lo inconmutable e incomprensible, que es Dios.

99. Siendo cierto que, en esta vida, más conocemos a Dios por lo que no es que por lo que es, de necesidad, para caminar a él, ha de ir negando el alma hasta lo último que pueda negar de sus aprehensiones, así naturales como sobrenaturales.

100. Todas las aprensiones y noticias de cosas sobrenaturales, no pueden ayudar al amor de Dios tanto cuanto el menor acto de la vida y esperanza, que se hace en desnudez de todo eso.

101. Como en la generación natural no se puede introducir una forma sin que primero se expela del sujeto la forma contraria, que es impedimento a la otra, así en tanto que el alma se sujeta al espíritu sensible y animal, no puede entrar en ella el espíritu puro espiritual.

102. El mayor recogimiento, que puede tener el alma, es la fe, en la cual le alumbría el Espíritu Santo; porque cuanto más pura y esmerada está el alma en perfección de viva fe, más tiene de caridad infusa de Dios y más participa de luces y dones sobrenaturales.

103. Una de las grandezas y mercedes que, en esta vida, hace Dios a un alma, aunque no de asiento, sino por vía de paso, es darle claramente a entender y sentir tan altamente de Dios, que entiende claro, que no se puede entender ni sentir del todo.

104. El alma que estriba en algún saber suyo, gustar o sentir, siendo todo esto muy poco y disímil de lo que es Dios para ir por este camino, fácilmente yerra o se detiene, por no se quedar bien ciega en fe, que es su verdadera guía.

105. Cosa es digna de espanto lo que pasa en nuestros tiempos, que cualquier alma de por ahí, con cuatro maravideses de consideración, si sienten algunas hablas en algún recogimiento, luego lo bautizan todo por de Dios, y suponen que es así, diciendo: díjome Dios, respondióme Dios; y no es así, sino que ellas mismas se lo responden con la gana que tienen de ello.

106. El que en este tiempo quisiera preguntar a Dios y tener alguna visión o revelación, parece que haría grave agravio a Dios, no poniendo totalmente los ojos en Cristo; porque le podía Dios responder, diciendo: éste es mi Hijo, muy amado en quien yo me complací, oid a él sin buscar nuevas maneras de enseñanzas; porque en él lo he dicho y revelado todo cuanto se puede desear y pedir, dándole por vuestro hermano, maestro, compañero, precio y premio.

107. En todo nos habemos de guiar por la doctrina de Cristo y de su Iglesia, y por esa vía remediar nuestras ignorancias y flaquezas espirituales, que para todo hallaremos por este camino abundante medicina; y lo que de él se apartare, no sólo es curiosidad, sino mucho atrevimiento.

108. No se ha de creer cosa por vía sobrena-

tural, sino sólo lo que dijere con la enseñanza de Cristo y sus ministros.

109. El alma que pretende revelaciones, peca venialmente, por lo menos; y quien lo manda y consiente, también, aunque más fines buenos tenga; porque no hay necesidad en nada de eso, habiendo razón natural y ley evangélica por donde regirse en todas las cosas.

110. El alma que apetece revelaciones de Dios, va disminuyendo la perfección de regirse por la fe, y abre la puerta al demonio, para que la engañe en otras semejantes, que él sabe bien disfrazar para que parezcan buenas.

111. La sabiduría de los Santos es saber enderezar la voluntad con fortaleza de Dios, obrando con perfección su ley y sus santos consejos.

Esperanza

112. Quien mueve y vence a Dios es la esperanza porfiada; y así, para conseguir la unión de amor, le conviene al alma caminar con la esperanza sólo en Dios; y sin ella no alcanzará nada.

113. La esperanza viva en Dios, da al alma tal animosidad y levantamiento a las cosas de la vida eterna, que en comparación de lo que allí se

espera, todo lo del mundo le parece, como es la verdad, seco, lacio y muerto y de ningún valor.

114. Con la esperanza, se desnuda y despoja el alma de todas las vestiduras y trajes del mundo; no poniendo su corazón en nada, ni esperando en nada de lo que hay o ha de haber en él, viviendo solamente vestida de esperanza de vida eterna.

115. Con la esperanza viva de Dios, tiene el alma tan levantado su corazón del mundo y tan libre de sus asechanzas, que no sólo no le puede tocar y asirme pero ni alcanzarle de vista.

116. Traiga íntimo deseo de que Su Majestad le dé todo lo que sabe que le falta para su honra y gloria.

117. Trae ordinaria confianza en Dios, estimando en ti y en los hermanos lo que Dios más estima, que son los bienes espirituales.

118. Cuando Dios más quiere dar, tanto más hace desear, hasta dejarnos vacíos, para llenarnos de bienes.

119 Tanto se agrada Dios de la esperanza con que el alma siempre le está mirando, sin poner en otra cosa los ojos, que es verdad decir que: tanto alcanza cuanto espera.

Temor de Dios

120. Aunque todas las cosas sucedan al hombre prósperamente, y, como dicen, a pedir de boca, antes se debe recelar, que gozarse; pues en aquello crece la ocasión de olvidar a Dios y peligro de ofenderle.

Caridad

121. La fortaleza del alma consiste en sus potencias, pasiones y apetitos. Las cuales, si la voluntad endereza en Dios y las desvía de todo lo que no es Dios, entonces guarda el alma su fortaleza para Dios, y ama a Dios de toda su fortaleza, como el mismo Señor manda.

122. La Caridad es a manera de una excelente toga colorada, que no sólo da gracia, hermosura y vigor a lo blanco de la fe y verde de la esperanza, sino a todas las virtudes; porque, sin caridad, ninguna virtud es graciosa delante de Dios.

123. El amor no consiste en sentir grandes cosas, sino en tener gran desnudez y padecer por el Amado.

124. Buscar a Dios en sí, es carecer de toda

consolación por Dios; inclinarse a escoger todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo; esto es amor de Dios.

125. En esto se conoce el que de veras ama a Dios, si no se contenta con alguna cosa menos que Dios.

126. El cabello que se peina a menudo, estará esclarecido y no tendrá dificultad en peinarle cuantas veces quisiere; y el alma que a menudo examina sus pensamientos, palabras y obras, que son sus cabellos, obrando por amor de Dios todas las cosas, muy claro tendrá su cabello, y mirará su Esposo en el cuello de su amada, y quedará preso en él, y llagado en uno de sus ojos, que es esta pureza de intención con que obrar todas las cosas.

127. El cabello se ha de empezar a peinar desde lo alto de la cabeza, si queremos que esté esclarecido; y todas nuestras obras se han de comenzar de lo más alto del amor de Dios, si queremos que sean puras y claras.

128. Refrene mucho la lengua y el pensamiento y traiga de ordinario el afecto en Dios, y calentársele ha el Espíritu divino mucho.

129. Toda la bondad que tenemos es prestada, y Dios la tiene propia: obra Dios, y su obra es Dios.

130. Más se granjea en los bienes de Dios en una hora que con los nuestros toda la vida.

131. Más hace Dios, en cierta manera, en purificar a un alma de las contrariedades de los apetitos, que en criarla de la nada; porque ésta no resiste a Su Majestad, y el apetito de criaturas, sí.

132. Lo que pretende Dios es hacernos dioses por participación, siéndolo El por naturaleza, como el fuego convierte todas las cosas en fuego.

133. El alma que quiere que Dios se le entregue todo, se ha de entregar toda, sin dejar nada para sí.

134. Los nuevos e imperfectos amadores son como el vino nuevo, que fácilmente se malean, hasta que cuezan las heces de las imperfecciones y se acaben los hervores y gustos gruesos del sentido.

135. Las pasiones tanto reinan en el alma y las combaten, cuanto la voluntad está menos fuerte en Dios y más pendiente de criaturas; porque entonces con mucha facilidad se goza de cosas que no merecen gozo; espera lo que no trae provecho, se duele de lo que por ventura se había de gozar y teme donde no hay que temer.

136. Enojan mucho a la Majestad Divina los

que pretendiendo el manjar de Espíritu, no se contentan con solo Dios, sino que quieren entrometer el apetito y afición de otras cosas.

137. El que quiere amar otra cosa con Dios, sin duda tiene en poco a Dios; pues que pone en una balanza con Dios lo que sumamente dista de él.

138. Como el enfermo está debilitado para obrar, así, el alma que está flaca en el amor de Dios, lo está para obrar virtudes perfectas.

139. Buscarse a sí mismo en Dios es buscar los regalos y recreaciones de Dios, lo cual es contrario al amor puro de Dios.

140. Grande mal es tener más ojo a los bienes de Dios, que al mismo Dios, oración y desapropio.

141. Muchos hay que andan a buscar en Dios su consuelo y gusto y a que les conceda Su Majestad mercedes y dones; mas los que pretenden agradar y darle algo a su costa, pospuesto y particular interés, son muy pocos.

142. Pocos espirituales, aun de los que se tienen por muy levantados en virtud, alcanzan la perfecta determinación en el bien obrar; porque nunca se acaban de perder en algunos puntos de mundo, o de su natural, no mirando al qué dirán, o qué parecerá, para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo.

143. Tanto reina, así en los espirituales como en los hombres comunes, el apetito de la propia voluntad y gusto en las obras que hacen, que apenas se hallará uno que puramente se mueva a obrar por Dios, sin arrimo de algún interés de consuelo o gusto, u otro repecto.

144. Algunas almas llaman a Dios su Esposo y su Amado; y no es su amado de veras, porque no tienen con él entero su corazón.

145. Para hallar en Dios todo contento, se ha de poner el ánimo en contentarse sólo con él: porque aunque el alma esté en el cielo, si no acomoda la voluntad a quererlo, no estará contenta; y así nos acaece con Dios si tenemos el corazón aficionado a otra cosa.

146. Como las especies aromáticas desen-
veltas van disminuyendo la fragancia y fuerza
de su olor, así el alma, no reconocida en un solo
afecto de Dios, pierde el calor y vigor en la vir-
tud.

147. Quien no quiere a otra cosa sino a Dios,
no anda en tinieblas, aunque más obscuro y po-
bre se vea en su estimación.

148. El que anda penado por Dios, señal es de
que se ha dado a Dios y que le ama.

149. El alma que, en medio de las quedada-

des y desamparos trae un ordinario cuidado y solicitud de Dios con pena y recelo de que no le sirve, ofrece un sacrificio muy agradable a Dios.

150. Cuando Dios es amado de veras por un alma, con grande facilidad oye los ruegos de su amante.

151. Con la caridad, se ampara el alma de la carne, su enemiga; porque donde hay verdadero amor de Dios, no entra amor de sí ni de sus cosas.

152. El alma que anda enamorada ni se cansa ni cansa.

153. Mire aquel infinito saber y aquel secreto escondido: qué paz, qué amor, qué silencio está en aquel pecho divino, qué ciencia tan levantada es la que Dios allí enseña, que es lo que llamamos actos analógicos, u oraciones jaculatorias, que tanto encienden al corazón.

154. El perfecto amor de Dios no puede estar sin conocimiento de Dios y de sí mismo.

155. Es propiedad del amor perfecto no querer nada para sí ni atribuirse cosa, sino todo al Amado; y si esto hay en el amor bajo, ¿cuánto más en el de Dios?

156. Los amigos viejos de Dios, por maravilla faltan a Dios; porque están ya sobre todo lo que les puede hacer falta.

157. El verdadero amor todo lo próspero y adverso recibe con igualdad, y de una manera le hace deleite y gozo.

158. El alma que trabaja en desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios, luego queda esclarecida y transformada en Dios, de tal manera que parece al mismo Dios, y tiene lo que tiene el mismo Dios.

159. El alma que está unida con Dios, el demonio la teme como al mismo Dios.

160. El alma que está en unión de amor, hasta los primeros movimientos no tiene.

161. La limpieza de corazón no es menos que el amor y gracia de Dios: y así los limpios de corazón son llamados por nuestro Salvador Bienaventurados, lo cual es decir tanto como enamorados: pues la bienaventuranza no se da por menos que amor.

162. El que ama de veras a Dios no se afrenta delante del mundo de las obras que hace por Dios, ni las esconde con vergüenza, aunque todo el mundo se las haya de condenar.

163. El que ama de veras a Dios tiene por ganancia y premio perder todas las cosas y a sí mismo por Dios.

164. Si el alma tuviese un solo barrunto de la

hermosura de Dios, no sólo una muerte apeteciera por verla para siempre, pero mil acerbísimas muertes pasaría muy alegre por verla solo un momento.

165. El que con purísimo amor obra por Dios, no solamente no se le da nada de lo que vean los hombres, pero ni lo hace porque lo sepa el mismo Dios: el cual aunque llegase a conocer ser posible dejar Dios de conocer sus obras, no cesaría de hacer los mismos servicios con la misma alegría y pureza de amor.

166. Gran negocio es ejercitar mucho el amor: porque estando el alma perfecta y consumada en él, no se detenga mucho en esta vida o en la otra sin ver la cara de Dios.

167. Al limpio de corazón todo lo alto y lo bajo le hace más bien y le sirve para más limpieza; así como el impuro de lo uno y de lo otro, mediante su impureza, saca mal.

168. El limpio de corazón en todas las cosas halla noticia de Dios gustosa, casta, pura, espiritual, alegre y amorosa.

Paz

169. Guardando los sentidos, que son las

puertas del alma, mucho se guarda y aumenta la tranquilidad y pureza de ella.

170. Nunca el hombre perdería la paz si olvidase noticias y dejase pensamientos, y se apartase de oír, ver y tratar cuanto buenamente pueda.

171. Olvidando todas las cosas criadas no hay quien perturbe la paz, ni quien mueva los apetitos que la perturban: pues como dice el proverbio, lo que el ojo no ve el corazón no lo desea.

172. El alma inquieta y perturbada que no está fundada en la mortificación de los apetitos y pasiones, no es capaz, en cuanto tal, del bien espiritual; el cual no se imprime sino en el alma moderada y puesta en paz.

173. Procure conservar el corazón en paz: no le desasosiegue ningún suceso de este mundo: mire que todo se ha de acabar.

174. En todos los casos, por adversos que sean, antes nos habemos de alegrar que turbar, por no perder mayor bien, que es la paz y tranquilidad del alma.

175. Aunque todo se hunde y todas las cosas sucedan al revés, vano es el turbarse; pues, por esa turbación, antes se dañan más que se aprovechan.

176. Llevarlo todo con igualdad pacífica, no sólo aprovecha al alma para muchos bienes, sino también para que en esas adversidades se acierte mejor a juzgar de ellas y ponerles remedio conveniente.

177. El cielo es firme y no está sujeto a generación. Y las almas que son de naturaleza celestial son firmes, y no están sujetas a engendrar apetitos ni otra cualquiera cosa, porque parecen a Dios en su manera, que no se mueve para siempre.

Amor del prójimo

178. La sabiduría entra por el amor, silencio y mortificación. Gran sabiduría es saber callar y sufrir, y no mirar dichos y hechos ni vidas ajena.s.

179. No niegue cosa que tenga, aunque la haya menester.

180. No sospeches mal contra tu hermano; porque este pensamiento quita la pureza del corazón.

181. Nunca oigas flaquezas ajena.s, y si algu-
no se quejare a ti del otro, le podrás decir con
humildad no te diga nada.

182. No rehúse el trabajo, aunque le parezca no lo podrá hacer. Hallen todos en ella piedad.

183. Ninguno merece amor sino por la virtud que en él hay, y cuando de esta suerte se ama, es muy según Dios, y con mucha libertad.

184. Cuando el amor y afición que se tiene a la criatura es puramente espiritual y fundado en Dios, creciendo ella, crece la de Dios; y cuanto más se acuerda de ella, tanto más se acuerda de Dios y le da gana de Dios, creciendo lo uno al paso de lo otro.

185. Cuando el amor a la criatura nace de vicio sensual, o de inclinación puramente natural, al paso que aqueste crece, se va resfriando en el amor de Dios y olvidándose de él, sintiendo remordimientos de la conciencia con la memoria de la criatura.

186. Lo que nace de carne es carne; y lo que nace de espíritu es espíritu, dice nuestro Salvador en su Evangelio. Y así el amor que nace de sensualidad, para en sensualidad, y el que de espíritu, para en espíritu de Dios y le hace crecer. Y esta es la diferencia que hay para conocer estos dos amores.

Apetitos desordenados

187. El que ama desordenadamente a una criatura, tan bajo se queda como aquella criatura, y en alguna manera más bajo: porque el amor no sólo iguala, mas aún sujeta al amante a lo que ama.

188. De las pasiones y apetitos nacen todas las virtudes cuando están dichas pasiones ordenadas y compuestas; y también todos los vicios e imperfecciones que tiene el alma cuando están desenfrenadas.

189. Cinco daños causa cualquier apetito en el alma, además de privarla del Espíritu de Dios: Primero, que la cansan. Segundo, que la atormentan. Tercero, que la oscurecen. Cuarto, que la ensucian. Quinto, que la enflaquecen.

190. Todas las criaturas son migajas que cayeron de la mesa de Dios; y así justamente es llamado can el que anda apacentándose en las criaturas. Y por eso justamente como perros andan hambreando" porque las migajas más sirven de avivar el apetito que de satisfacer el hambre.

191. Los apetitos son como unos hijuelos inquietos y de mal contento, que siempre andan pidiendo a su madre uno y otro, y nunca se con-

tentan; y como el enfermo de calentura, que no halla bien hasta que se le quite la fiebre y cada rato le crece la sed.

192. De la manera que es atormentado el que cae en manos de sus enemigos, así es atormentada y afligida el alma que se deja llevar de sus apetitos.

193. De la misma manera que se atormenta y aflige el que desnudo se acuesta sobre espinas y puntas, así se atormenta el alma y aflige cuando se acuesta sobre sus apetitos; porque a manera de espinas hieren, lastiman, asen y dejan dolor.

194. Como los vapores oscurecen el aire y no dejan lucir el sol, así el alma, que está tomada de los apetitos, según el entendimiento, está entenebrecida y no da lugar para que ni el sol de la razón natural, ni de la sabiduría de Dios sobrenatural, la embistan e ilustren de claro.

195. El que se ceba del apetito es como la mariposilla y como el pez encandilado, al cual aquella luz antes le sirve de tinieblas para que no vea los daños que los pescadores le aparejan.

196. ¡Oh, quién pudiera decir cuán imposible es al alma que tiene apetitos juzgar de las cosas de Dios como ellas son! Porque estando aquella catarata y nube del apetito sobre el ojo

del juicio, no ve sino nube, unas veces de un color y otras de otro: y así, viene a tener las cosas de Dios, por no de Dios, y las que no son de Dios, por de Dios.

197 De la misma manera que pararían los rasgos de tizne a un rostro muy hermoso y acabado, de esa misma manera afean y ensucian los apetitos desordenados al alma que los tiene, la cual en sí, es una hermosísima acabada imagen de Dios.

198. El que tocare a la pez, dice el Espíritu Santo, ensuciarse ha de ella. Y entonces toca uno la pez, cuando en alguna criatura cumple el apetito de su voluntad.

199. Si hubiésemos de hablar de propósito de la fea y sucia figura que pueden poner los apetitos al alma, no hallaríamos cosa, por llena de telarañas y sabandijas que esté, ni fealdad a la que pudiésemos comparar.

200. Hay almas que se revuelcan en el cielo, como los animales que se revuelcan en él; y otras que vuelan como las aves, que en el aire se purifican y limpian.

201. Los apetitos son como los renuevos que nacen en derredor del árbol y le quitan la virtud para que no lleve tanto fruto.

202. No hay mal humor que tan pesado ponga a un enfermo para caminar, ni tan lleno de hastío para comer, cuanto el apetito de criaturas hace al alma pesada y triste para seguir la virtud.

203. Muchas almas no tienen gana de obrar virtudes, porque tienen apetitos no puros y fuera de Dios.

204. Como los hijuelos de la víbora, cuando van creciendo en el vientre, comen a la madre y la matan, quedándose ellos vivos a costa de ella, así los apetitos no mortificados llegan a enflaquecer tanto, que matan al alma en Dios. Y sólo lo que en ella vive son ellos, porque ella primero no los mató.

205. Así como es necesario a la tierra la labor para que lleve fruto, y sin ella no lleva sino malas yerbas, así es necesaria la mortificación de los apetitos para que haya pureza en el alma.

206. Como el madero no se transforma en el fuego por un solo grado de calor que le falte en su disposición, así no se transforma el alma en Dios perfectamente por una imperfección que tenga.

207. Igualmente está detenida el ave, para sus vuelos, con los lazos de alambre recio, o del más sutil y delicado hilo que la detiene; pues

mientras no rompe el uno y otro estorbo, prisiónera y cautiva a los lazos, no puede ejercitarse en el vuelo; así también el alma que está presa, por afición, a las cosas humanas por pequeñas que sean, mientras duran los lazos, no puede caminar a Dios.

208. El apetito y asimiento del alma tiene la propiedad que dicen tiene la rémora con la nave: que con ser un pez muy pequeño, si acierta a pegarse a la nave, la tiene tan queda que no la deja caminar.

209. ¡Oh si supiesen los espirituales qué bienes pierden y abundancia de espíritu por no querer ellos acabar de levantar el apetito de niñerías! ¡Y cómo hallarían en este sencillo manjar del espíritu, significado por el maná, el gusto de todas las cosas, si ellos no quisiesen gustar cosa!

210. No dejaban los hijos de Israel de hallar en el maná todo el gusto y fortaleza que ellos pudieran querer porque el maná no la tuviese, sino porque ellos querían otra cosa.

211. De sólo una centella se aumenta el fuego; y una imperfección basta a traer otras. Y así; nunca veremos un alma que es negligente en vencer un apetito, que no tenga otros muchos, que nacen de la misma flaqueza e imperfección que tiene en aquel.

212. Los apetitos voluntarios y enteramente advertidos, por mínimos que sean, siendo de hábito y constumbre, son los que principalmente impiden en el camino de la perfección.

213. Cualquiera imperfección en que tenga el alma asimiento y hábito, es mayor daño para crecer en la virtud, que si cada día cayese en otras muchas imperfecciones, aunque fuesen mayores, que no proceden de ordinaria costumbre de alguna mala propiedad.

214. ¿Cómo eres tan tarde en ir a Dios, cuando adviertes puede tu corazón estar siempre empleado en él?

215. Justamente se enoja Dios con algunas almas; porque habiéndolas con mano poderosa sacado del mundo y de ocasiones de graves pecados, son flojas y descuidadas en mortificar algunas imperfecciones: y por eso las deja ir cayendo en sus apetitos de mal en peor.

Prudencia

216. Andar a solas con Dios, obrar en el medio, esconder los bienes de Dios.

217. A ninguna criatura le es conveniente salir fuera de los términos que Dios le tiene na-

turalmente ordenados: y habiendo puesto al hombre términos naturales y racionales para su gobierno, salir de ellos queriendo saber algunas cosas por vía sobrenatural, no es santo ni conveniente; y por tanto, no gusta Dios de este término; y si alguna vez responde, es por la flaqueza del alma.

218. No sabemos lo que hay en la diestra y siniestra: porque a cada paso tenemos lo malo por bueno y lo bueno por malo: y si esto es de nuestra cosecha, ¿qué será si se añade apetito a nuestra natural tiniebla?

219. El apetido en cuanto apetito ciego es; porque de suyo no mira la razón, que es la que siempre derechamente guía y encamina al alma en sus operaciones; y así, todas las veces que el alma se guía por su apetito, se ciega.

Angeles

220. Los ángeles son nuestros pastores, porque no sólo llevan a Dios nuestros recados, sino también los de Dios a nuestras almas, apacentándolas de dulces inspiraciones y comunicaciones de Dios; y como buenos pastores nos amparan y defienden de los lobos, que son los demonios.

221. Los ángeles, mediante sus secretas inspiraciones que hacen al alma, le dan más alto conocimiento de Dios; y así la enamoran más de Dios hasta dejarla llagada de amor.

222. La misma Sabiduría divina, que en el cielo ilumina a los ángeles y los purga de sus ignorancias, esa ilumina a los hombres en el suelo y los purifica de sus errores e imperfecciones, derivándose de Dios por las Jerarquías primeras hasta las posteriores, y de ahí a los hombres.

223. La luz de Dios que al ángel ilumina esclareciéndole y encendiéndole en amor, como a puro espíritu dispuesto para la tal infusión, al hombre, por ser impuro y flaco, regularmente le ilumina en oscuridad, pena y aprieto, como hace el sol al ojo enfermo, que le alumbráa afflictivamente.

224. Cuando el hombre llega a estar espiritualizado y sutilizado mediante el fuego del divino amor que le purifica, entonces recibe la unión e influencia de la amorosa iluminación con suavidad a modo de los ángeles.

225. Cuando Dios hace mercedes al alma por medio del ángel bueno, ordinariamente permite que las entienda el demonio, y que haga contra ella lo que pudiere, según la proporción de la

justicia, para que la victoria sea más estimada; y el alma victoriosa y fiel en la tentación sea más premiada.

226. Acuérdate cuán vana cosa es gozarse de otra cosa que de servir a Dios; y cuán peligrosa y perniciosa, considerando cuánto daño fue para los ángeles gozarse y complacerse de su hermosura y bienes naturales, pues por eso cayeron feos en los abismos.

Maestro espiritual

227. No dijo Cristo en su Evangelio: Donde estuviese uno solo allí estoy, sino por lo menos dos; para darnos a entender que ninguno por sí solo crea y se afirme en las cosas que tiene por de Dios, sin el consejo y gobierno de la Iglesia y sus ministros.

228. ¡Ay del solo!, dice el Espíritu Santo. Por tanto, le conviene al alma la dirección del maestro, porque los dos resistirán más fácilmente al demonio, juntándose a saber y obrar la verdad.

229. Es Dios tan amigo que el gobierno del hombre sea por otro hombre, que totalmente quiere no demos entero crédito a las cosas que

sobrenaturalmente comunica, hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre.

230. Cuando Dios revela al alma alguna cosa, la inclina a decirlo a su ministro de la Iglesia, que tiene puesto en su lugar.

231. Las almas no las ha de tratar cualquiera, pues es cosa de tanta importancia acertar o errar en tan grave negocio.

232. El alma que quiere aprovechar y no volver atrás, mire en cuyas manos se pone; porque cual fuere el maestro, tal será el discípulo; y cual el padre, tal el hijo.

233. Las inclinaciones y afectos del maestro fácilmente se imprimen en el discípulo.

234. El principal cuidado que han de tener los maestros espirituales es mortificar a los discípulos de cualquier apetito, haciéndolos quedar en vacío de lo que apetecían, por dejarlos libres de tanta miseria.

235. Por más alta que sea la doctrina y por más esmerada que sea la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hará de suyo ordinariamente más provecho que tuviere el espíritu de quien la enseña.

236. El buen estilo y acciones y subida doctrina y buen lenguaje, mueve y hace más efecto

acompañado con buen espíritu; pero sin él, poco o ningún calor pega a la voluntad, aunque dé sabor y gusto al sentido y entendimiento.

237. Dios tiene ojeriza con los que enseñan su ley, ellos no la guardan, y predicando buen espíritu, ellos no le tienen.

238. Para lo más subido en el camino de la perfección y aun para lo más mediano de él, apenas se hallará una guía cabal según todas las partes que ha menester, porque ha de ser sabio, discreto y experimentado.

239. Para guiar al espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia, no atinarán a encaminar al alma por donde Dios la lleva, y la harán volver atrás, gobernándola por otros medios rateros que ellos han leído.

240. El que temerariamente yerra, estando obligado a acertar, como cada uno lo está en su oficio, no pasará sin castigo, según el daño que hizo; porque los negocios de Dios, cual es la dirección de las almas, con mucho tiento y consejo se han de tratar.

241. ¿Quién hará como San Pablo que tenga para hacerse todo a todos, para ganarlos a todos, conociendo todos los caminos por donde Dios lleva a las almas, que son tan diferentes, que

apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva convenga con el modo del otro?

Religión. — Oración

242. La mayor honra que podemos dar a Dios es servirle según la perfección del Evangelio; y lo que es fuera de esto, es de ningún valor y provecho para el hombre.

243. Más vale un pensamiento del hombre que todo el mundo, y por eso sólo Dios es digno de él, y a él se le debe; y así, cualquier pensamiento del hombre que no se tenga en Dios se lo hurtamos.

Necesidad de la oración

244. Nunca deje derramar su corazón, aunque sea por un credo.

245. No podrá el alma, sin oración, vencer la fortaleza del demonio; ni entender sus engaños, sin humildad y mortificación; porque las normas de Dios son la oración y cruz de Cristo.

246. En todas nuestras necesidades, trabajos y dificultades, no nos queda otro remedio mejor

ni más seguro que la oración, y esperanza de que Dios proveerá por los medios que él quisiere.

Frutos de la oración

247. Entrese en su seno y trabaje en presencia del Esposo, que siempre está presente haciéndole bien.

248. Siempre procure traer a Dios presente y conservar en sí la pureza que Dios le enseña.

249. Con la oración se ahuyenta la sequedad, se aumenta la devoción y pone el alma las virtudes en ejercicio interior.

250. No mirar imperfecciones ajenas, guardar silencio y continuo trato con Dios, desarraigán grandes imperfecciones del alma, y la hacen señora de grandes virtudes.

251. Cuando la oración se hace en inteligencia pura y sencilla de Dios, es muy breve para el alma, aunque dure mucho tiempo; y esta es la oración breve, de quien se dice que penetra los cielos.

Calidades

252. Las potencias y los sentidos no se han de

emplear todo en las cosas, sino lo que no se puede excusar; y lo demás desocupado para Dios.

253. Traiga advertencia amorosa en Dios, sin apetito de querer, sentir ni entender cosa particular de él.

254. No apaciente el espíritu en otra cosa que en Dios; deseche las advertencias de las cosas, y traerá paz y recogimiento en el corazón.

256. Buscad leyendo y hallaréis meditando; llamad orando y abriros han contemplando.

257. La verdadera devoción y espíritu consiste en perseverar en la oración con paciencia y humildad, desconfiando de sí sólo por agradar a Dios.

258. Aquellos llaman de veras a Dios, que le piden las cosas que son de más altas veras, como son las de la salvación.

259. Para alcanzar las peticiones que tenemos en nuestro corazón, no hay mejor medio que poner la fuerza de nuestra oración en aquella cosa que es más a gusto de Dios; porque entonces no sólo nos dará la salvación que pedimos, sino lo demás que ve que nos conviene, aunque no se lo pidamos ni nos pase por el pensamiento el pedirlo.

260. Ha de entender cualquier alma, que

aunque Dios no acuda luego a su necesidad y ruego, que no por eso dejará de acudir en el tiempo oportuno, si ella no desmayare y cesare.

Motivos para la oración

261. Cuando la voluntad, luego que siente gusto en lo que percibe por los sentidos, se levanta a gozar en Dios, y le sirve de motivo para tener oración, no ha de evitar esos motivos; antes puede y debe aprovecharse de ellos para tan santo ejercicio; porque entonces sirven las cosas sensibles para el fin que Dios las crió, que es para ser amado y conocido por ellas.

262. El que tiene el sentido purgado y sujeto al espíritu de todas las cosas sensibles, desde el primer movimiento, saca deleite de sabrosa advertencia y contemplación de Dios.

263. Siendo verdad en buena filosofía, que cada cosa, según el ser que tiene, es la vida que vive, el que tiene ser espiritual, mortificada la vida animal, claro es que sin contradicción ha de ir con todo a Dios.

264. La persona devota, en lo invisible pone su voluntad principalmente, y pocas imágenes ha de menester y de pocas usa, y de aquellas que

más se conforman con lo divino que con lo humano, conformando a ellas y a sí con el traje y condición del otro siglo, y no con éste.

265. Lo que principalmente se ha de mirar en las imágenes, es la devoción y fe; porque si esto falta, no bastará la imagen. Que harto viva imagen era nuestro Salvador en el mundo; y con todo eso, los que no tenían fe, aunque más andaban con él y veían sus obras maravillosas, no se aprovechaban.

Lugar para la oración

266. Para tener oración, aquel lugar se ha de escoger donde menos se embaraza el sentido y espíritu para ir a Dios.

267. El lugar para la oración no ha de ser ameno y deleitable al sentido, como suelen procurar algunos, porque en vez de recoger el espíritu, no pare en recreación del sentido.

268. El que hace la romería, sea cuando no va otra gente, aunque sea tiempo extraordinario. Cuando va mucha turba, nunca yo lo aconsejara; porque ordinariamente vuelven más distraídos que fueron. Y muchos son los que hacen estas romerías más por recreación que por devoción.

Impedimentos para la oración

269. Sea enemigo de admitir en su alma cosa que no tenga en sí substancia espiritual, porque le harán perder el gusto de la devoción y el recogimiento.

270. El que se quiere arrimar mucho al sentido corporal no será muy espiritual; y así se engañan los que piensan que, a fuerza del sentido bajo, pueden llegar a la fuerza del espíritu.

271. Por la pretensión del gozo sensible en la oración, pierden los imperfectos la verdadera devoción.

272. El que no se acomoda a orar en todos los lugares, sino en los que son a su gusto, muchas veces faltará a la oración; pues como dicen, no está hecho sino al libro de su aldea.

273. El que no sintiere libertad de espíritu en las cosas y gustos sensibles, de suerte que le sirvan de motivo para la oración, sino que la voluntad se detiene y ceba en ellos, daño le hacen para ir a Dios, y se debe apartar de usarlos.

274. Muy insipiente sería el que faltándole la suavidad y deleite espiritual, pensase que por eso le faltaba Dios; y cuando la tuviese se deleitase, pensando que por eso tenía a Dios.

275. Muchas veces muchos espirituales emplean los sentidos en los bienes sensibles, con pretexto de darse a la oración y levantar su corazón a Dios; y es de manera, que más se puede llamar recreación que oración, y darse gusto a sí mismo que a Dios.

276. La meditación se ordena a la contemplación como a su fin. Y así como conseguido el fin cesan los medios, y llegando al término del camino se descansa, así en llegando al estado de contemplación ha de cesar la meditación.

277. Así como conviene para ir a Dios dejar a su tiempo la obra del discurso y meditación, porque no impida la contemplación, así también es necesario no dejarla antes de tiempo, para no volver atrás.

278. Las señales del recogimiento interior son tres: La primera, si el alma no gusta de las cosas transitorias. La segunda, si gusta de la soledad y silencio y procura todo lo que es más perfección. La tercera, si las cosas que solían ayudarle la estorban, como es las consideraciones, meditaciones y actos, no llevando el alma a la oración otro arrimo, sino la fe, esperanza y caridad.

279. A los principios de este estado de con-

temptación, casi no se echa de ver esta noticia amorosa. Lo uno, porque suele ser muy sutil, delicada y casi insensible; lo otro, por haber estado el alma habituada al otro ejercicio de meditación, que es más sensible.

280. Cuando más se fuere habilitando el alma a dejarse sosegar, crecerá más la noticia amorosa de la contemplación, la sentirá más, y gustará de ella más que de todas las cosas; porque le causa paz, descanso, sabor, y deleite sin trabajo.

281. Los que han pasado al estado de contemplación, no por eso entienden que nunca han de usar de la meditación ni procurarla; porque a los principios que van aprovechando, no está tan perfecto el hábito, que luego que ellos quieren se pueden poner en acto; ni están tan remotos de la meditación, que no puedan ejercitarla algunas veces como solían.

282. Fuera del tiempo de la contemplación, en todos los ejercicios, actos y obras se ha de valer el alma de las memorias y meditaciones buenas, de la manera que sintiere más devoción y provecho, particularísimamente de la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, para conformar sus acciones, ejercicios y vida con la suya.

283. Las condiciones del pájaro solitario son cinco: La primera, que se va a lo más alto. La segunda, que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza. La tercera, que pone el pico al aire. La cuarta, que no tiene color determinado. La quinta, que canta suavemente. Las cuales ha de tener el alma contemplativa. Que se ha de subir sobre las cosas transitorias, no haciendo más caso de ellas que si no fuesen. Y ha de ser tan amiga de la soledad y silencio, que no sufra compañía ninguna de otra criatura. Ha de poner el pico al aire del Espíritu Santo, correspondiendo a sus inspiraciones y deseos, para que, haciéndolo así, se haga más digna de su compañía. No ha de tener determinado color, no teniendo determinación en ninguna cosa, sino en lo que es más voluntad de Dios. Ha de cantar suavemente en la contemplación y amor de su Esposo.

Obediencia

284. Quien no anda en gustos propios ni de Dios ni de las criaturas, ni hace su voluntad propia en cosa alguna, no tiene en qué tropezar.

285. Déjate enseñar, déjate mandar, déjate sujetar y despreciar, y serás perfecto.

286. La sujeción y obediencia es penitencia de la razón y discreción, y por eso es para Dios más acepto y gustoso sacrificio, que todos los demás de penitencia corporal.

287. La penitencia corporal sin obediencia es imperfectísima, porque se mueven a ella los principiantes sólo por el apetito y gusto que allí hallan; en lo cual por hacer su voluntad antes van creciendo en vicios que en virtudes.

288. Fácilmente prevalece el demonio con los que a solas y por su voluntad, se guían en las cosas de Dios.

Fortaleza. — Paciencia

289. Andar a perder y que todos nos ganen es de ánimos valerosos; de pechos generosos, de corazones dadivosos, es condición dar antes que recibir, hasta que vienen a darse a sí mismos, porque tienen por gran carga poseerse, que más gustan de ser poseídos, y ajenos de sí; pues somos más propios de aquel infinito bien que nuestros.

290. No comas en pastos vedados, que son los de esta vida presente, porque bienaventurados son los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.